

La amistad. Del eros al ágape

CARLOS MARCELO BARVARINO¹

Universidad Pontificia de Salamanca
marcelobarvarino@hotmail.com

SUMARIO

La amistad es una realidad configuradora de nuestra relación interpersonal. En ella se descubre lo más auténtico del amor gratuito e incondicional (*ágape*). La amistad es siempre un regalo que debemos aprender a acoger y desarrollar, nos descubre que podemos compartir desde niveles hondos de nuestra intimidad y que encontramos en el afecto mutuo siempre un “otro” que nos saca de nosotros mismos y en el que podemos confiar. Es importante descubrir las raíces de la relación y el amor de amistad, y hacernos conscientes de sus límites e implicaciones. Con ello, se hace necesario aprender a discernir los afectos, para poder vivir una relación auténticamente gratuita y a la vez benéfica. Un auténtico y sincero amor de amistad conduce a la madurez afectiva y a crecer en nuevos niveles en la relación interpersonal.

Palabras clave: ágape, afecto, afinidad, enamoramiento, gratuidad, incondicionalidad.

SUMMARY

Friendship is a configuring reality stemming from our interpersonal relationships. In it we discover the most authentic expression of selfless and unconditional love (*agape*). Friendship is always a gift that one should freely learn to embrace and develop. It reveals to us that we are able to share from the deepest levels of our own intimacy, springing from our mutual affection one for the “other.” This enables us to go beyond ourselves and place

¹ Carlos Marcelo Barvarino es Licenciado en Estudios Eclesiásticos y en Teología Dogmática por la Universidad Pontificia de Salamanca.

our trust in the “other.” It is critical, however, to unravel the roots of the relationship and the love that is born out of this friendship and to be aware of both its bounds and implications. Within this, one must also learn how to discern the affections, so as to be able to live a relationship that is authentically gratuitous and yet beneficial. An authentic and sincere relationship of love leads one to a mature affection and to reach new heights within the scope of interpersonal relationships.

Keywords: agape, affection, affinity, falling in love, gratuity, unconditional.

1. ¿QUÉ SE HA DICHO SOBRE LA AMISTAD?

1.1. EL APOORTE DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

La filosofía antigua, tras la exaltación de la mitología y la literatura griega, otorga fisonomía propia a la amistad con un término específico: *philia*, distinto del llamado *eros*. El término *philia*, como muchos otros, fue evolucionando y tomando distintos matices hasta llegar a significar más específicamente la relación de amistad. En un principio, este término se relacionó con las atracciones que presiden las combinaciones de los elementos naturales, pero más tarde caracterizó las afinidades electivas del hombre e implicaba, además del amor (*phileisis*), su oposición (*antiphileisis*). El término *philos*, en su primera acepción, significó “mío”, designando a los que pertenecían a una misma familia (*philoí*), luego se extendió también a los huéspedes (*philein*), que participan de esa misma familiaridad. Más tarde llegó a connotar *afición* a algo (respondiendo a su significado “mío”), no sólo poseído como propio, sino también *apreciado* o *querido*. Finalmente, *philia* comenzó a designar un lazo afectivo de libre elección, ya más relacionado a lo que actualmente llamamos *amistad*.

Con el paso de la aristocracia al gobierno democrático (s. V a. C.) se llamó *philoí* a los partidarios de un hombre político; este tipo de relación interpersonal, en general, no iba más allá del utilitarismo (Protágoras, Sócrates). El principio de benevolencia desinteresada, esencial a la amistad, se lo debemos a Platón (*Lisias* 212d, 219c). En el *Convite* diserta sobre *eros* y *philia*, sin distinguirlos netamente. El *eros*, partiendo de la belleza exterior del cuerpo, asciende hacia la contemplación pura de la Belleza por un difícil camino de desprendimientos sucesivos, sacrificando, uno tras otro, todos los lazos afectivos (entendidos como un modo de aprender y poseer). La felicidad en la posesión del Primer Amado, único objeto de una amistad realmente desinteresada (*Lisias*, 219c-d), se da en la soledad y no en la participación de un mismo gozo. El fallo de Platón a este respecto está en no considerar al otro en sí mismo como objeto de amor sino como un objeto a poseer. Se considera al otro como puro medio que se entrecruza y se abandona cuando ya no sirve, pues el centro verdadero de interés no es la persona, sino la idea (de amor absoluto).

Para Aristóteles, la amistad se funda en la respuesta afirmativa que dos amigos dan conjuntamente a un mismo valor útil, deleitable u honesto. Recoge el tema de la amistad en la *Ética a Nicómaco* (cc. 8 y 9). Pero este tipo de fundamento no sustenta una relación duradera, lo único que puede afirmar la amistad es la virtud. Esta es la “amistad perfecta”. Sus características son: igualdad (*isótes*), comunión de sentimientos (*omónoia*) y de vida (*sunzén*). Aunque Aristóteles no hace distinción entre amor y amistad, pone de relieve que el amor posee como característica propia la aflicción de la ausencia y el deseo de la presencia. Por su parte, Cicerón, en su obra *De amicitia* (conocida también por *Laelius*), sólo añadirá un matiz acentuando la función de la voluntad cuando insiste especialmente en la perfecta conformidad de los sentimientos y los quererres (c. 20).

1.2. AMISTAD NO ES AMOR PLATÓNICO

Una cosa hay que subrayar, y es el equívoco túbido del amor llamado platónico, en todas sus formulaciones antiguas y modernas. En el pensamiento platónico el objeto amado no es en sí mismo más que la ocasión de una ascensión del espíritu hacia lo absolutamente hermoso y amable, y el alma no debe quedar prisionera de lo que es sensible y mortal. Mas ¿no parte el antiguo filósofo de la belleza de los cuerpos y las formas? Un amor que procede de una emoción que quisiera ser estética y religiosa, pero que en realidad despierta por su naturaleza impulsos primitivos del instinto, sin intervención del espíritu que dirija y controle, en superior dimensión, de naturaleza decididamente teologal, conduce anticipadamente a quien se deja llevar por ella a todas las aberraciones y extravíos.

Quien quiera entender bien el peligro de tan astuta mimetización de las pasiones menos nobles del hombre, relea la pequeña obra maestra *De contemptu mundi*, diálogo donde Petrarca presenta al desnudo su alma en una conversación de tres días con san Agustín, en presencia de la Verdad. En la empresa desesperada de defenderse a sí mismo y a la mujer de sus sueños, el poeta termina por admitir que su amor por Laura no ha sido tan puro como quisiera hacer creer. Reconoce que hubo un tiempo en que sus deseos no eran en modo alguno honestos, y que si no llegó a ciertos extremos, el mérito no fue suyo, sino de la mujer amada, que no se dejó doblegar ni con ardientes ruegos ni con suaves palabras.

Por lo tanto, el amor de amistad no puede ser jamás interesado, un tipo de amor que tenga la relación como medio. Cada persona es digna de ser amada, valorada, admirada, respetada y honrada por el simple hecho de ser persona humana. Es verdad que –en sentido platónico– buscamos siempre lo ideal (el amigo ideal, la pareja ideal, la vida ideal, etc.) y que eso nos anima y empuja a superar los niveles necesarios para llegar cada vez más alto (a lo que llamamos: perfecto), pero no podemos –por ellos– rechazar absolutamente lo que no nos gusta o nos duele del

otro (defectos, errores, límites), tan sólo porque no corresponde –o más bien no sabemos integrar– a nuestros ideales. Por eso, lo negativo pertenece también a la persona como algo que le es propio y debemos aprender a amar (aunque eso signifique en muchos casos el asumir la corrección). ¿Qué nivel de amor es mejor: amar sólo lo bueno y agradable del otro, o amar acogiendo al otro tal como es de modo incondicional?

1.3. APORTACIÓN DEL PERSONALISMO

Ante la contraposición entre amor y amistad, los filósofos personalistas tratan de iluminar la maravillosa realidad que es el amor, realidad que no puede reducirse en su esencia a una pulsión física ni a un simple encuentro de sentimientos positivos. Para Martín Buber la vida consiste en “decir Tú”, en un encuentro que es el milagro del amor². Para evitar equívocos, el amor no debe confundirse con los sentimientos que pueden acompañarlo. Consiste en la intuición de un no sé qué de único que tiene toda persona humana y en su acogida con responsabilidad viva. El hombre no debe temer entrar en relación con todo su ser; sólo debe guardarse siempre del peligro que se deriva para la pureza de su amor de la profundidad misma de su respuesta al Tú al que se entrega. Buber es el filósofo del “diálogo”. El diálogo nos define como personas humanas. El amor puede manifestarse en una variada gama de sentimientos, pero para merecer el nombre de humano debe alimentarse del diálogo (entrega mutua) y del respeto total del hombre, a quien hay que amar por sí mismo, como “persona”, única e irrepetible.

En esta misma línea está el personalismo de Emmanuel Mounier. El hombre es todo cuerpo, pero también, es todo espíritu³. Esta última noción restaura la dignidad inherente que Sartre rechaza, mientras combate la convicción de Marx, de que el hombre es únicamente cuerpo. El hombre no puede existir sin el cuerpo, ciertamente, pero es el reconocimiento de su espíritu el que completa la antropología que Marx rechaza. Mounier utiliza la expresión de “existencia encarnada” para connotar la unidad entre cuerpo y espíritu. El hombre es un todo unificado. En esta unicidad integrada del hombre se encuentran los sentimientos y sus afecciones, el amor y la amistad. Los cinco puntos que señala como la base de una sociedad personalista podrían funcionar como base para la relación de amistad: *a*) salir de sí mismo; *b*) comprender; *c*) tomar sobre sí mismo (asumir); *d*) dar generosamente (darse) y *e*) ser fiel (fidelidad como forma de valorar al otro en sí mismo).

2 M. Buber, *Tú y yo*, Buenos Aires 1956.

3 E. Mounier, *¿Qué es la personalización?* Buenos Aires 1956.

Para Maurice Nedoncelle⁴, “el amor procede de las personas y se dirige a las personas”. Sólo el integrado en sí mismo y unificado como persona puede hacer al otro el don de sí mismo que comporta todo verdadero amor; tampoco puede hacerse este don a ninguna persona que no se ame por sí misma, con intención pura. El amor en sí es una voluntad eficaz de promoción mutua (beneficencia). Se percibe en el fondo el «querer algo –el bien– para alguien» de Aristóteles. Una definición como ésta puede aplicarse a todas las clases de amor auténticas, aunque deja abierto el problema de la autenticidad de las varias formas de amor y de amistad.

1.4. LA SABIDURÍA BÍBLICA

La sabiduría de Jesús (hijo de Eleazar, hijo de Sirá, de Jerusalén), traducida del hebreo al griego por su nieto Simón en Egipto, entre el 132 y el 117 a.C., ofrece a los judíos de la diáspora la oportunidad de instruirse en las tradiciones de su pueblo; esta sabiduría se basa en la experiencia personal, en la vida cotidiana y en lo más esencial de la vida. El libro del Sirácida o Eclesiástico es el que mejor y más ampliamente describe y expresa la relación de amistad, y lo hace en estos términos:

“Las palabras dulces multiplican los amigos,
 un lenguaje amable multiplica las buenas relaciones.
 Sean muchos con los que te lleves bien,
 pero el que te aconseja, uno entre mil.
 Si ganas un amigo, gánatelo en la prueba,
 y no tengas prisa en confiarte a él.
 Hay amigo que lo es de ocasión,
 y no persevera en el día de tu angustia.
 Hay amigo que se vuelve enemigo,
 y para avergonzarte, revelará tus secretos.
 Hay amigo que comparte tu mesa,
 y no aparece en el día que más lo necesitas (cf. Sal 41,10)
 Hay amigo que cuando te va bien, está contigo,
 y cuando te va mal huye de ti;
 si te alcanza la desgracia, te da la espalda,
 y se esconde de tu vista.
 De tus enemigos apártate,
 y sé prudente con tus amigos (cf. Jr 9,3).
 El amigo fiel es un refugio seguro,
 el que lo encuentra, ha encontrado un tesoro.

4 N. Nedoncelle, *Hacia una filosofía del amor y de la persona*, Buenos Aires 1962.

El amigo fiel no tiene precio,
no hay nada que mida su valor (cf. 1 S 18,3-4).
El amigo fiel es un remedio saludable,
los que temen al Señor le encontrarán.
El que teme al Señor endereza su amistad,
pues como Él es, será su amigo” (Si 6,5-17).
“No cambies a un amigo por dinero,
es como si vendieras a tu propio hermano” (Si 7,18).
“No abandones a un viejo amigo,
porque uno nuevo no lo conoces suficiente;
amigo nuevo es como el vino nuevo:
deja que envejezca y lo beberás con gusto” (Si 9,10).
“Quien hiere el ojo hace correr las lágrimas,
quien hiere el corazón descubre sus sentimientos.
Quien tira una piedra a un pájaro, lo ahuyenta,
quien critica a un amigo rompe la amistad.
Has sacado la espada contra tu amigo,
no desesperes, que aún puede volver;
contra tu amigo has abierto la boca,
no te inquietes, que aún cabe reconciliación,
salvo que lo hayas ultrajado, que seas altanero,
que hayas revelado sus secretos o que lo traiciones:
ante esto se marcha todo amigo.
Gana la confianza de tu amigo en la pobreza,
para que, en su prosperidad, con él te llenes de alegría;
en tiempo de tribulación permanece con él,
y compartirás su herencia.
Antes del fuego sale vapor del horno y humo,
así las injurias preceden a la sangre.
No me avergonzaré de proteger a un amigo,
de su presencia no me esconderé;
y si por su causa me ocurre algún mal,
todo el que lo oiga se guardará de él” (Si 20,19-26).
“Quien revela los secretos, pierde credibilidad,
no encontrará jamás amigo íntimo.
Ama a tu amigo y confíate a él,
pero si revelas sus secretos deja de ir tras él;
porque como el que mata y elimina a su víctima,
así has destruido la amistad de tu compañero.
Como a pájaro que soltaste de tu mano,
así has perdido a tu amigo y no lo recobrarás.
No vayas en su busca, porque se irá lejos,
huirá como gacela de la red.

La herida puede ser vendada,
y para la injuria hay reconciliación,
pero el que reveló el secreto de su amigo,
perdió toda esperanza” (Si 27,16-21).

Hay historias de amistad que dejan no sólo un recuerdo vivo en la tradición bíblica, sino también una significatividad que desborda la misma relación, especialmente la de David y Jonatán, que muchos han considerado como un modelo de amistad:

“Cuando David acabó de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se apegó a David, y le amó como a sí mismo [...] Jonatán y David hicieron un pacto, porque Jonatán lo quería como a sí mismo” (1 S 18,1.3).

El proverbio que dice: “en toda ocasión ama el amigo, el hermano nació para los momentos de angustia” (Pr 17,17), se podría aplicar perfectamente a la relación de amistad entre David y Jonatán, puesto que Jonatán salvó muchas veces a David de la mano de sus enemigos –incluido y especialmente Saúl, el padre de Jonatán– (cf. 1 S 19,1-5.7-20). Saúl tenía una especie de amistad de conveniencia (*philoï*) con David; nunca supo corresponder a la amistad que David le profesaba y siempre estaba al acecho para matarle (cf. 1 S 18,10-11; 19,9-10), porque le tenía envidia (cf. 1 S 18,9). David y Jonatán eran considerados como hermanos (1 Cr 20,7), de ahí que Jonatán sabía proteger y justificar las actuaciones de David (1 S 20,24-29).

Jonatán entendía bien la amistad con David y el pacto entre ellos se hacía cada vez más fuerte. Un pacto en el que media la presencia de Dios y se fundamenta en él: “En cuanto a la promesa que nos hemos profesado tú y yo, el Señor estará siempre entre los dos” (1 S 20,23). Era un pacto explícito y consciente que se expresaba en momentos puntuales en los que se ponía en juego la relación de amistad: “Jonatán y David hicieron un pacto, porque Jonatán lo quería como a sí mismo; se quitó el manto que llevaba y se lo dio a David, y también su ropa, la espada, el arco y el cinto” (1 S 18,3-4); “Jonatán hizo jurar también a David por la amistad que le tenía, porque lo quería con toda su alma” (1 S 20,17).

Por su parte, David sintió en verdad cuánto le quería cuando Jonatán murió; en su elogio a su amigo, expresó su cariño de esta forma: “¡Cómo sufro por ti, Jonatán, hermano mío! ¡Ay, cómo te quería! Tu amor era para mí más hermoso que amoríos de mujeres” (2 S 1,26). A tal punto que se hizo cargo del hijo de Jonatán, llamado Mirabaal (2 S 9,7), puesto que éste no podía valerse por sí mismo (2 S 9,3).

Otros, fuera de Israel, también valoraron a Jonatán por su forma de relacionarse, por la confianza que se podía depositar en él: “El rey Alejandro saluda a su hermano Jonatán. Hemos oído que eres poderoso y digno de nuestra amistad” (1 Ma 10,18-19).

2. ¿CUÁLES SON LAS RAÍCES DE LA AMISTAD?

Muchos han intentado desvelar las riquezas de la amistad, pero resulta que por ser la experiencia humana más simple y más compleja a la vez, siempre nos quedamos cortos. La amistad es el tipo de relación interpersonal que más llena el corazón, comparable al amor nupcial o al amor entre hermanos, aunque sustancialmente distinto de ambos. Se puede decir que la amistad concentra o sintetiza el amor fraterno y universal. Podríamos decir que en una auténtica relación de amistad se presuponen y se dan los siguientes principios: el principio de la benevolencia, el principio de la afinidad recíproca, el principio de afecto correlativo y el principio de beneficencia mutua.

2.1. PRINCIPIO DE BENEVOLENCIA

La amistad presupone el principio de *benevolencia*, entendida como voluntades que se encuentran y se procuran el bien. La amistad se puede dar espontáneamente, o como fortalecimiento de una relación existente, o en el conocimiento de una persona nueva que entra a formar parte de nuestra órbita existencial. En la amistad se presupone un movimiento interior de voluntad. Algunos han definido al amigo como “el hermano al que podemos escoger”. Esto tiene algo de cierto. Para que se dé la amistad hay un movimiento de voluntad, hay que quererlo. Hay un momento en el que se comienza una etapa de conocimiento mutuo, de profundización. La Biblia nos cuenta que Dios “hablaba cara a cara con Moisés, como un hombre habla con un amigo” (Ex 33,11); esto significa que en la relación de amistad se da un nivel de conocimiento profundo que nace de la sinceridad y de la misma libertad. El hablar “cara a cara” nos pone en relación con un “tú”, nos saca de nosotros mismos hacia el encuentro con “otro”, lo cual significa que la relación de amistad –en este sentido– es un excelente canal de humanización y personalización. De ahí que las supuestas amistades de tipo “gemelizante” (entre idénticos) no suelen acabar bien porque se embarcan hacia la fusión (que el otro sea como yo).

El principio de benevolencia implica una cierta *preferencia y diferencia*. Los amigos son pares que se reconocen y se tratan como personas distintas, no como idénticas. He ahí su riqueza. Es la forma de amor que más respeta la diferencia, incluso –en cierta forma– la busca, porque instintivamente nos enriquecemos como personas en la complementariedad. Esta diferencia no impide jamás el amor mutuo, todo lo contrario, posibilita el fortalecimiento de ese amor. A la vez, respeta absolutamente la *libertad* del otro: al amigo nunca se le pide explicaciones o razones de sus actos, se supone que las tiene y que las acepto como valederas. La amistad es una relación que implica la preferencia. No podemos ser amigos de todo el mundo. La Escritura dice: “Sean muchos tus amigos, pero el que te acon-

seja uno entre mil” (Si 6,6). La amistad profunda se reduce a muy pocas personas, porque este hecho responde a salvaguardar la intimidad. Por eso la preferencia en la amistad no responde a un movimiento despectivo del corazón sino simplemente al instinto de protección de la intimidad, de lo que realmente importa en la vida, en definitiva de lo que cada uno es por dentro –como sagrario de lo que propiamente somos–.

2.2. PRINCIPIO DE AFINIDAD RECÍPROCA

En cuanto al principio de *afinidad recíproca*, si da el suficiente margen de autenticidad y libertad a ambos, se encamina hacia la comunión interpersonal, de lo contrario la fusión terminará destruyendo la necesaria diferencia. La comunión no es –ni debe entenderse nunca como– fusión, porque en la fusión se crea un tipo de dependencia que anula la libertad y puede llegar a niveles enfermizos. Por eso, cuando decimos que la amistad presupone benevolencia nos referimos al encuentro de dos voluntades que, por una parte, deben permanecer distintas –y en suficiente distancia– y, por otra parte, unidas en el mismo querer.

En la amistad, la afinidad recíproca sienta sus bases en valores compartidos, puntos de vista comunes –sobre todo en las cosas importantes y valiosas de la vida–, puesto que se comparte desde el corazón y se da lugar a plantear aspectos vitales de tipo existencial. Se da también una cierta proyección creativa en la relación. Proyectos comunes que responden sobre todo a captar lo novedoso de la vida. Esto enriquece la relación aportando una nueva luz a lo vital-existencial. Con un amigo somos capaces de plantear los fundamentos de nuestra vida, poner a la luz de la mirada de otro nuestra propia finitud, dejarnos cuestionar hasta lo incuestionable.

De ahí que dos notas importantes de la afinidad sean la *convergencia* y la *coincidencia*. La *convergencia* se da, sin saber cómo; es una cierta sintonía inicial que lleva a la profundización, sin dejar de lado la diferencia. La afinidad recíproca también nos habla de un cierto gusto por lo del otro. Puede haber cosas en la otra persona con las que me siento identificado o me gustan –despierta en mí un cierto interés gratificante–. Por eso, otra nota de la afinidad es la *coincidencia*. Pero hay que tener cuidado. La *coincidencia* no puede constituirse en el centro de la relación de amistad, porque eso no daría lugar a la diferencia ni, por lo tanto, a la espontaneidad, ni a la novedad del otro.

2.3. PRINCIPIO DE AFECTO CORRELATIVO

El principio de *afecto mutuo*, en la amistad, lleva como característica una especie de *inmanencia*. El afecto mutuo, dentro de la relación de amistad, da lugar

a la confidencialidad y de ésta nace la intimidad, que puede considerarse como el corazón del encuentro interpersonal. Esta *inmanencia* es y se da en un conocer y ser conocido, hay una cierta química afectiva que vincula a niveles nuevos y que pueden incluso superar al de los lazos familiares. Con un verdadero amigo se puede llegar a niveles de conocimiento mutuo más que con un hermano de sangre. Justamente, en el corazón de la amistad, en ese “ambiente” interior en el que estás “con el alma en la palma de la mano” delante del otro, es necesaria la justa autonomía; porque es en ese nivel de intimidad donde “conectamos” con el *ego* y el *eros* (propio y del otro).

La amistad nos conduce al encuentro primario con el *ego*, con lo más propio de nosotros mismos (el “yo”). Y el *ego* siempre “barre para su casa”. Intenta persuadir al otro (al amigo), que ha entrado en esta zona, a la fusión. El *ego* siempre dice “mío”, “por mí”, “para mí”; busca la forma de seducir al otro para apropiárselo, por eso convierte a la *preferencia* en un arma de doble filo. Aquí es donde se juega a todo o nada el principio de *benevolencia*. Si somos capaces de poner los límites y las distancias necesarias, la voluntad (el querer) hacia la otra persona no se transformará jamás en voluntariedad (quererlo para mí). Cuando sientas que en tu relación de amistad no puedes vivir sin el otro, que dependes del otro más de lo normal, que el otro siempre tiene la última palabra sobre ti, que no puedes dar un paso sin consultarlo, etc., son síntomas de que el *ego* ha cercado la *inmanencia* y has encerrado al otro en la zona del *ego*. Cuando haces del otro una especie de “juguete” del que te aprovechas –aún de forma inconsciente– y le sacas partido sólo para satisfacer tus impulsos egoístas, entonces has encerrado al otro en las redes del *ego*. ¿A que alguna vez has dicho o escuchado esta frase: “hazlo por mí”? Atención, semáforo rojo para el *ego*. El *ego* intentará coger el mando de la relación usando la *preferencia* y la *intimidad* como armas. Si es así, no es extraño que el *ego* llegue incluso a la amenaza: desvelar los secretos. La sabiduría de Jesús Ben Sirá dice al respecto: “Hay amigos que se vuelven enemigos y revelan tus secretos para avergonzarte” (Si 6,9); “La lengua amable es árbol de vida, la lengua perversa rompe el alma” (Pr 15,4); “Has ofendido a tu amigo, no desesperes, que aún puede volver; si contra tu amigo has abierto la boca, no te inquietes, que aún cabe reconciliación, salvo caso de ultraje, altanería, revelación de secreto, golpe traidor, que ante estas cosas se marcha todo amigo” (Si 22,21-22).

Otra característica de la amistad es la *gaudencia*. El afecto toca también el punto alfa de nuestra sensibilidad: el *eros*. Pero, antes que nada, debemos hacer la siguiente salvedad: el *eros* no se identifica con el *sexo*, aunque son complementarios.

“El *eros* es una modalidad de la llamada energía vital que, procesada en la consciencia, da lugar a todas las manifestaciones y funciones de nuestra vida humana y personal. El *eros* es pasión y vigor vivificante; es deseo y tensión total

del ser (cuerpo-alma-espíritu) hacia la plenitud personal. Se despierta y crece particularmente en la relación interpersonal (en especial con el sexo opuesto). El *eros* nos abre a la relacionalidad y nos permite crecer en identidad (especialmente sexual). Pero tiene un defecto, por su mismo dinamismo, tiende a repléjarse en sí mismo o hacia atrás en busca de una fusión perdida (el día de nuestro nacimiento). Todo lo que el *eros* busca y encuentra (percibiéndolo como un bien) lo atare a sí por vía del gozo (como realidad más bien espiritual, más honda que el placer). Por eso, quienes no han aceptado la pérdida, la separación, la diferencia, la alteridad... difícilmente podrán amar maduramente. El que deja que sólo el *eros* gobierne la relación con los demás vivirá inevitablemente y siempre insatisfecho, porque los otros y el mundo se resisten a la fusión.

La cultura imperante en la actualidad, especialmente en nuestra sociedad occidental, ha esclavizado el *eros* al sexo (especialmente físico y genital); convirtiendo la experiencia sexual en el arma más atractiva, dando riendas sueltas a los deseos de fusión y compensación afectivas. El *eros* personaliza y da sentido, ilumina y orienta la experiencia sexual; el sexo excita pero el *eros* enternece; el sexo favorece la unión física, el *eros* busca la comunión; el sexo brinda placer, el *eros* gozo. Pero cuando estos valores están trastocados o confundidos o esclavizados el uno del otro, la relación interpersonal se vuelve vacía y viciosa. Llenar el vacío existencial con placer genital es pretender lo imposible: a más placer buscado, menos placer hallado y más vacío creado. ¡No hay divorcio más esquizofrénico que el del placer del sexo y el gozo del *eros*! Todo se corrompe cuando el *eros* se reduce al sexo y la experiencia sexual a lo genital. Los varones especialmente debemos aprender a centrar nuestra vivencia sexuada en el *eros* y no en la genitalidad, puesto que el *eros* tiene como horizonte de sentido el amor y el amor es camino de madurez personal y relacional⁵.”

Con un verdadero amigo nos sentimos en manos de otro con un sentimiento parecido al que los niños tienen en brazos de su madre. En los brazos de mamá nos sentimos protegidos, sostenidos, aliviados, reconfortados, alimentados. Algo muy similar sucede en la amistad. La relación de amistad, al tocar la fibra de nuestro corazón, nos vuelve vulnerables ante el otro. Aquí es donde el *eros* intentará jugar-nosla mostrando su lado más débil (la búsqueda de fusión). Utilizará como arma la seducción de la *intimididad*. El *eros* es fuente de gozo y suele alimentarse del placer sensual. Cuando el gozo y el placer que envuelven al *eros* se apoderan de la intimidad para hacer de ella un arma podemos llegar a perder el control sobre nosotros mismos. El *eros* se lanza a la conquista del bien que desea y es capaz de hacerlo

5 B. Olivera, “Celibato como relación de amor”, en B. Fernández- F: Prado (eds.), *Celibato por el reino: carisma y profecía*, Madrid 2003, 323-324.

a cualquier precio, incluso vendar los ojos de la razón (la conciencia) y persuadir con el placer, de modo que encubra o desvanezca los límites de la intimidad.

El *eros* también dice “mío”, y busca la exclusividad. El prototipo de relación –en este sentido– erótica es la que viven los adolescentes, del tipo enamoramiento: es agradable estar con el otro y es muy difícil despegarse de él, vamos juntos a todas partes y todo debe pasar por el hacerlo juntos y para nosotros dos. Una relación adolescente es caldo de cultivo para el *apego*. Una relación dominada sólo por el *eros* no contempla el sufrimiento o la discusión (lo des-agradable), pues se apoya sólo en el principio de placer. En este sentido dice la Escritura: “Hay amigos que lo son de ocasión y no perseveran en el día de angustia... cuando te vaya bien será como tu sombra (como tu otro yo), pero cuando te vaya mal huirá de ti” (Si 6,9.11-12). Los principios de benevolencia y beneficencia ayudan a ir más allá de lo “agradable” de la presencia. Una auténtica relación de amistad va más allá de la gratificación personal.

El *ego* y el *eros* no son malos en sí mismos, son nuestros motores instintivos en cuyo fondo hay una búsqueda del bien personal. Aunque hay que reconocer que son una “bomba de tiempo” que no siempre sabemos educar en los límites y canalizar como es debido. Pero que sin embargo son necesarios para un justo crecimiento personal. Cuando el *ego* y el *eros* son reprimidos, mal encaminados, distorsionados, enmudecidos, entonces se corre el riesgo de incapacitar una relación interpersonal sana y con vías de futuro, y no sólo en la relación de amistad sino en toda relación, con más gravedad en la relación de pareja. La mala educación del *ego* y del *eros* incapacita para el amor –para el *ágape* (amor gratuito y desinteresado)–. Por este motivo es necesario el discernimiento de los afectos. Cuántas relaciones de amistad, especialmente entre varones y mujeres, terminan en una relación utilitarista (sea mutua o unilateral), por poner un extremo, o en enamoramiento (que en el mejor de los casos puede acabar en una relación de pareja, o en el peor en enemistad). Y todo por no haber sabido discernir los límites y dar rienda suelta al *ego* y al *eros*.

2.4. PRINCIPIO DE BENEFICENCIA

El termómetro de la amistad –y, sobre todo del *ego* y del *eros*– es el principio de *beneficencia*. Santa Teresa⁶ escribía:

“Cobramos a quien nos hace algunos bienes al cuerpo, pues a quien siempre procura y trabaja de hacerlos al alma, ¿por qué no le hemos de querer? Antes tengo por gran precio de aprovechar mucho tener amor al confesor, si es santo

6 Santa Teresa de Jesús, *Camino de Perfección* 7,2.

y espiritual y veo que pone mucho en aprovechar mi alma; porque es tal nuestra flaqueza, que algunas veces nos ayuda mucho para poner por obra cosas muy grandes en servicio de Dios.”

Sin duda, la Santa transcribe aquí su amistad y amor materno con el joven padre Jerónimo Gracián, y nos descubre este principio de beneficencia, que no es otro que el bien que nace de la relación de amistad. Cuando la relación de amistad está regida por el principio del bien –el bien del otro– hemos alcanzado un nivel de relación que va más allá del egoísmo y la sensualidad, más allá del beneficio propio y de lo agradable de la presencia, más allá del *ego* y del *eros*. Es un nuevo nivel de amor, más profundo y más configurador, gratuito, desinteresado, sanador, plenificador. A éste se refiere el Sirácida⁷ cuando dice:

“El amigo es un refugio seguro, quien lo encuentra ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, nada puede medir su valor. El amigo fiel es un remedio de vida. El que teme a Dios encamina su amistad; pues como es ÉL, será su amigo.”

El principio de beneficencia mide la amistad porque responde a lo más auténtico del amor: el *ágape*. El *ágape* es capaz de reconducir, domar y educar al *ego* y al *eros*. Porque es una potencia interior que nos abre al encuentro del otro, nos *descentra* (de nosotros mismos), para desear, buscar y procurar el bien de la otra persona. En este sentido otras dos características, o mejor dicho las características por excelencia, son la *gratuidad* y la *incondicionalidad*. Dos hermanas que van de la mano. Desde este principio de beneficencia contemplamos al amigo como un bien en sí mismo –y no “un bien para mí”–. El *ágape* jamás dice “mío”, o “para mí”, o “por mí”; jamás rebasa los límites del otro (aunque el otro lo permitiera o incluso lo quisiera); respeta profundamente la intimidad; siempre está abierto a acoger, comprender, disculpar, ayudar a madurar; no lo da todo por supuesto ni aprendido; es capaz de enseñar, de corregir, de enderezar la relación. El *ágape* es creativo, descubre siempre el bien posible del otro, abre caminos, valora la diversidad y lo diferente del otro, es sacrificado –incluso es capaz de perderse a sí mismo para que el otro sea feliz, para lograr su bien–. El *ágape* también es humilde, conoce sus límites, sabe decir “no”, es veraz y apuesta por la verdad del otro y la propia.

La *gratuidad* e *incondicionalidad* del amor –del *ágape*– es lo que hace de la amistad el bien –el tesoro– más deseado. El *ego* y el *eros* buscan siempre la *gratificación personal*. Dicha gratificación no está fuera de la órbita de la amistad, pero no puede –no debe– jamás convertirse en el motivo fundante ni en el motor de una relación amistosa. En la medida en que nos *descentramos* y salimos al encuentro

7 Si 6, 14- 17.

del otro procurando su bien, las fuerzas del *ego* y del *eros* se enderezan y se canalizan en un auténtico amor. A su vez, todo ese movimiento recae en beneficio propio, en el crecimiento personal y en la madurez afectiva individual y de la relación. La cuestión está en aprender a discernir las señales indicadoras que nos advierten del peligro de desviar la auténtica relación de amistad en una relación egocéntrica y erocéntrica. Uno de esos indicadores es el enamoramiento, veámoslo a continuación.

3. ES NECESARIO DISCERNIR LOS AFECTOS

Para una vivencia auténtica y veraz en la relación de amistad es necesario tener presente los principios antes mencionados: benevolencia, afinidad recíproca, afecto correlativo y beneficencia mutua; además de las características que delinear esta experiencia: preferencia, libertad, convergencia, coincidencia, inmanencia, intimidad, gaudencia, gratuidad e incondicionalidad. Se podría decir que estos principios y características constituyen el dodecálogo básico de la amistad.

Entre la relación de amistad y el enamoramiento hay una delicadísima y frágil línea delimitante, puesto que las dos realidades tienen las mismas características antes descritas, con algunos matices distintos y fundamentales que las distancian radicalmente. Esa línea divisoria se estrecha significativamente cuando se trata de una relación de amistad entre varón y mujer. Así como ya hemos descrito los fundamentos de la amistad, es necesario ahora descubrir el trasfondo del enamoramiento.

Lo primero que debemos afirmar es que el enamoramiento es una etapa necesaria. Necesaria para los que buscan pareja y también necesaria e ineludible en la amistad, y responde al conocimiento mutuo. Es una *etapa inicial*. No puede ser ni permanecer jamás como estadio continuo. Los que se queden estancados en el enamoramiento no maduran jamás en la relación interpersonal (sea de pareja o de amistad).

En la etapa de enamoramiento el *ego* y el *eros* están a flor de piel, puesto que es normal en el conocimiento mutuo. Es agradable estar con el otro, me atrae su persona, sus actitudes, me asombran sus valores y perspectivas, hallamos coincidencias, a veces nuestra historia personal converge en situaciones parecidas; sentimos necesidad de vernos, de estar con el otro y pasar tiempo juntos, cuanto más estoy con el otro más descubro su corazón; se hace necesaria la intimidad.

Los enamorados se viven y perciben con autenticidad, cada cual quiere ser uno mismo, a la vez que se reclama la *presencialidad*: “es importante que estés conmigo”. Se atraen mutuamente y se sienten con derecho a reclamar y recibir del otro, pues se dan a sí mismos. Aún los límites no están bien definidos, da la sensa-

ción de que “todo vale” con tal de conocerse mejor y prolongar el “estar bien juntos y gozar de la compañía”. Se hace necesaria y se reclama (inconscientemente) la gratificación. El varón se enamora viendo y mirando, la mujer oyendo y admirando; el varón es algo más superficial, la mujer sabe saltar esas barreras y va a lo significativo. El varón le regalará “algo” (alguna cosa), la mujer se sentirá agradecida por el gesto (lo que hay detrás de la cosa) y lo que eso significa para ella.

En el enamoramiento nos sentimos y estamos más vulnerables, porque en el ansia de descubrir (desvelar) la vida ante el otro –para que nazca la intimidad– nos dejamos llevar por la atracción. Es en la *atracción* donde nos jugamos las condiciones (o límites) del trato. En la amistad, esa atracción culmina en una especie de “alianza” o “pacto” (implícito e inconsciente, aunque también puede llegar a expresarse y hacerse consciente y explícito). En el enamoramiento, la atracción culmina en una especie de *inhabitación*, distinta a lo que describíamos anteriormente como *inmanencia*; donde los sentimientos forman una nueva constelación en torno a una única persona. En el enamoramiento se radicaliza la *preferencia* y la *intimidad*, levantando un cerco alrededor del encuentro interpersonal para delinear y pasar de un “tú y yo” a lo que termina siendo un “nosotros”.

Aunque la percepción del enamoramiento y el delinear sus límites e implicaciones puede que sea distinto entre varones y mujeres, me atrevería a realizar una comparación desde mi óptica masculina. Si comparásemos el enamoramiento con la amistad podríamos mencionar las siguientes características:

AMISTAD	ENAMORAMIENTO
<i>Permanencia.</i> Es una relación estable en la que el conocimiento mutuo funda un sustrato común e íntimo que no se pierde ni con el tiempo ni con la distancia. Se renueva y actualiza por el mismo dinamismo del <i>ágape</i> –la salida de uno mismo–. Tiende a la madurez.	<i>Transitoriedad.</i> Es una etapa pasajera, aunque permanece latente y tiende a reavivarse, por eso puede repetirse a lo largo de la relación (en la pareja es necesario que se repita, de ello depende la renovación y la autenticidad del amor). Pasa, debe pasar y dar lugar al amor.
<i>Incondicionalidad.</i> Cuenta con la presencia y la comunicación necesarias. Controla la atracción, respetando los límites.	<i>Gravitación.</i> Hay una atracción mutua, se desea presencia y comunicación.
<i>Preferencia.</i> Hay siempre lugar para la libertad y, por eso, para la apertura.	<i>Exclusividad.</i> Conlleva una atención absorbente, sólo existen ellos, el mundo desaparece.
<i>Realismo.</i> El conocimiento mutuo y la sinceridad implican y conllevan al realismo personal. Si se respeta y se valora la diferencia, habrá siempre lugar para la novedad del otro.	<i>Idealización.</i> Todo lo que hay en el otro es atrayente, hermoso, incluso los defectos son encantadores y los errores excusables. La idealización venda los ojos a la realidad.

<i>Gaudencia.</i> Va más allá de lo sensual. El gozo se ubica en un plano espiritual, no niega el tacto físico sino que lo reconduce.	<i>Gratificación.</i> Es necesaria la correspondencia (especialmente sensual). El tacto físico crea un nuevo nivel de intimidad.
<i>Gratuidad.</i> Hay un descentramiento del yo pero no un olvido –despojo total– del yo. Los límites personales y la intimidad siguen ahí y merecen ser respetados.	<i>Éxtasis.</i> Hay un olvido del propio yo, de los límites personales y de la propia intimidad. La intimidad empuja hacia la fusión.
<i>Mirada limpia.</i> El conocimiento mutuo ayuda a mirar con realismo y movidos por el deseo del bien del otro.	<i>Clarividencia.</i> Ve en el otro hasta lo que nadie ve. Aunque a veces la idealización confunde o cubre la mirada.
<i>Se encuentra bien con la distancia.</i> Es abierta, libre, serena, por eso puede ser plural. La distancia física se vive con paz y hasta con gozo. Gusta de la soledad.	<i>Busca acortar la distancia.</i> Es exclusiva, se centra en una persona. La distancia se vive como separación, como obstáculo, es incómoda, frustrante. Cuesta la soledad.
<i>No es pasional.</i>	<i>Apasionado.</i>
<i>Implica correspondencia.</i>	<i>Puede haber enamorado sin enamorada.</i>

4. HABLEMOS DE LOS CONFLICTOS

Toda relación humana está expuesta a los conflictos, y se podría decir que sin conflictos no hay ni una auténtica relación ni crecimiento personal. Ninguna relación interpersonal es perfecta, sobre todo en lo que se refiere a la amistad, porque como hemos dicho más arriba en ella se da un profundo nivel de conocimiento y afección. En la amistad, si es sincera, recíproca y profunda, cada una de las personas va “navegando mar adentro” hacia las zonas más hondas de la personalidad y del yo, y por eso los conflictos con el amigo tienen una resonancia interna más delicada y tremendamente afectante.

Hemos dicho que en la amistad hay una etapa inicial que viene caracterizada por la afinidad. En la afinidad se entremezclan la *coincidencia*, la *convergencia* y el *enamoramiento* –entendido como el cauce por el cual hay una fluctuación de amor, en forma de fascinación o admiración–. Pero hemos dicho también que el enamoramiento es una etapa que debe pasar y dar lugar al amor. En esa etapa inicial se produce un encuentro de “tú a tú” que en el fondo se manifiesta más como un “yo a yo”. Me explico: a medida que el conocimiento mutuo nos adentra poco a poco en la vida, en la historia, en los valores y sentimientos del otro, podemos sentirnos identificados con él. La afinidad nos lleva al núcleo profundo del yo, a la identificación-comunión con los valores y el sentir profundo del otro. Encuentro en el “tú” otro como “yo”. De David y Jonatán se dice lo siguiente: “Cuando acabé de

hablar David a Saúl, el alma de Jonatán se apegó al alma de David, y le amó como a sí mismo” (1 S 18,1).

Un primer conflicto a superar es el *apego*. Es normal que en esta primera etapa surja el apego –a un nivel básico– porque hay gusto *por y de estar* con el amigo. De hecho la búsqueda y el encuentro del otro son necesarios para un conocimiento mayor. El compartir cosas importantes, desde el corazón, con sinceridad y sin sentirse enjuiciado, hace que el encuentro con el amigo sea una especie de oasis en medio del desierto. Pero ese movimiento tiene su inconveniente: puede que esa búsqueda del otro sea en el fondo una huida de la propia realidad, de ahí nace el apego. El apego es la respuesta desordenada del *ego* y el *eros*, y utiliza la intimidad, la persuasión y la gaudencia como armas para cazar al otro y enredarlo en sus redes. Pero la fascinación inicial y el “yo a yo enmascarado con el tú a tú” debe pasar a un nuevo nivel: la aceptación serena de la realidad propia y del otro. Hay que aprender a ir poniendo los límites necesarios para que cada cual se sienta libre.

Si no se supera la etapa inicial puede que la *preferencia* sufra una matización importante y se encamina a convertirse en la esclava del apego. Cuando esto sucede, el yo busca el exclusivismo e intenta cercar la amistad. Hacen su aparición en escena la *dependencia narcisista* y el *dominio* del otro. Entonces la amistad se desfigura y se convierte en *alienación*. El *apego* y la *alienación* buscan *adeptos*, no amigos; subordinar al otro por complacencia propia. La solución a este conflicto inicial se encuentra en el discernimiento de tres criterios fundamentales para vivir una relación sana y determinan su calidad:

- El *modo de vivir* la amistad: ¿cómo es el trato entre ambos? El modo nos remite a las estrategias que la persona utiliza para atraer y mantener en esa atracción al otro, se trata de una especie de soborno afectivo con el cual se mantiene en tensión la relación.
- El *contenido* de la amistad: visto desde el principio de beneficencia, hay realidades que se viven o no en la amistad que van encaminadas al bien del otro, por lo tanto hay que discernir si estas realidades vividas construyen y dan lugar al crecimiento, o no.
- Las *motivaciones* que sostienen la amistad: clarificarlas supone captar la dinámica personal que actúa en la persona concreta, ¿qué intenciones tengo –o tiene el otro–?, ¿de dónde nacen esas intenciones?

Un segundo conflicto importante se da a *nivel de la comunicación*. Es normal que al principio pueda ser más superficial, pero a medida que nos adentramos en el corazón de la otra persona, que “navegamos mar adentro”, la comunicación se hace más profunda, y por ello más delicada y cordial. En la comunicación nos jugamos la calidad de la amistad. La comunicación, al ser de tipo existencial y

vital, se caracteriza por una especie de revelación y desvelamiento del yo; el yo queda expuesto, desnudo, pero sin vergüenza ni prejuicios. Eso es lo hermoso de la amistad: que nos podemos comunicar de corazón a corazón sin sentirnos enjuiciados. La comunicación crea intimidad y fecunda la afectividad, da realismo a la afinidad y sustenta –da contenido– al amor. ¡Dime cómo es tu comunicación con tu amigo y te diré qué clase de amistad tienes!

La intimidad, no sólo mutua, sino sobre todo la propia de cada uno, está en juego cuando nos exponemos ante el otro. La comunicación y la intimidad fortalecen y dan consistencia a la confianza. Ahora, la cuestión está en: ¿hasta qué punto confiarle mis secretos a un amigo? Según cómo sea la comunicación. El desvelar la intimidad es un riesgo, pero ¿hasta qué zonas de nuestra intimidad podemos desvelar? Siempre habrá un margen para la duda, porque somos conscientes de que no somos perfectos y que podemos equivocarnos. La intimidad de la persona es sagrada, nunca debemos avanzar si el otro no lo permite, y aunque lo permitiera debemos discernir la conveniencia (para ambos) de ir hasta el fondo. Sólo puedo afirmar que cuando nos sentimos amados, incluso en nuestra propia miseria –gratuita e incondicionalmente–, entonces somos capaces de confiar nuestros secretos más íntimos.

El riesgo de la comunicación profunda es el *desvelamiento* de los secretos expuestos. Volvamos a releer –despacio y con conciencia autoevaluante– estos versículos del Sirácida:

“Hay amigo que se vuelve enemigo,
y para avergonzarte, revelará tus secretos.” (Si 6,9)

“Quien revela los secretos, pierde credibilidad,
no encontrará jamás amigo íntimo.

Ama a tu amigo y confíate a él,
pero si revelas sus secretos deja de ir tras él;
porque como el que mata y elimina a su víctima,
así has destruido la amistad de tu compañero.

Como a pájaro que soltaste de tu mano,
así has perdido a tu amigo y no lo recobrarás.

No vayas en su busca, porque se irá lejos,
huirá como gacela de la red.

La herida puede ser vendada, y para la injuria hay reconciliación,
pero el que reveló el secreto de su amigo, perdió toda esperanza” (Si 27,16-21).

Es fuerte la sabiduría del Sirácida, ¿verdad? Y ¡qué verdad lleva! El nivel de conocimiento y de intimidad es necesario vivirlo con prudencia, hay que dejar tiempo para que la relación se establezca con bases sólidas. Por eso la sabiduría dice: “Si ganas un amigo, gánatelo en la prueba, y no tengas prisa en confiarte a él”

(Si 6,7); “No abandones a un viejo amigo, porque uno nuevo no lo conoces suficiente; amigo nuevo es como el vino nuevo: deja que envejezca y lo beberás con gusto” (Si 9,10).

El compartir los secretos, o mejor dicho, lo más significativo y valioso, le da calidad y calidez a la amistad. ¿Cuántas veces hemos dicho: “esto queda entre los dos”? Sin embargo, ¿no te ha pasado alguna vez que eso que habías compartido ha saltado a otra persona por vía del amigo? Hay aquí otra cuestión: y es que tu amigo también es amigo de otra persona y con ella tiene mucha confianza y quizás, sin quererlo, ha desvelado tu secreto. Entonces ¿qué hacer? Es importante para la intimidad de las relaciones de amistad que discernas bien lo que dices y lo que callas, lo que compartes y lo que te reservas... en ello nos jugamos la calidad de la amistad y la fidelidad. Porque el nivel de amor entre dos personas nunca es homogéneo, ni diametralmente idéntico; aún en la amistad el nivel personal de amor (que es lo que custodia, en cierta forma, la intimidad) tiene su andadura y no es proporcional al del otro. Por eso una solución, y más que eso, un principio de la amistad y de la intimidad es la *prudencia*. Por eso la sabiduría dice: “toma distancia de tus enemigos y sé prudente con tus amigos” (Si 6,13).

Un tercer nivel de conflicto se ubica en la *integración de lo desagradable*. Una vez adentrados en el nivel de conocimiento de la realidad del otro, vemos que “no todo son rosas” sino que también hay “espinas”. Es una etapa importante, conocer y ser conocido tal cual somos. En esto tiene mucho que ver el nivel de sinceridad, que se va dando poco a poco. Las cosas más evidentes de nuestra personalidad fluctúan en la superficie, así que esas son lo primero que saltan a la vista. Se convierten en una primera impresión y un primer nivel de conocimiento que se debe integrar en la relación de amistad. Claro está que nos referimos a las cosas agradables y también a las menos agradables. Aquí juega su carta nuestro nivel de integración. ¿Cómo integras lo que no te agrada o agrada menos del otro? ¿Huyes de ello? Este nivel es importante y el que más nos cuesta en nuestra sociedad actual. Se habla mucho de tolerancia pero la verdad es que, en el fondo, somos poco tolerantes y nos cuesta. Hay muchos que no superan esta etapa y prefieren una relación mediocre sin arriesgar... Muchos piensan: “¿para qué complicarse la vida?”

La rectitud y la sinceridad son necesarias para no dar pasos en falso, pero también —y sobre todo— el perdón es indispensable para equilibrar la relación. El perdón forma parte de la responsabilidad que una persona asume cuando confía y comparte los secretos, porque podemos equivocarnos y errar. Cuando alguien deposita en ti su confianza espera que seas fiel. La fidelidad nace de la confianza mutua. Es necesaria una cierta lucidez en la relación, lucidez que invita a la responsabilidad y a la fidelidad. Si existen estos elementos: lucidez y responsabilidad, fidelidad y perdón, entonces hay seguridad en la relación. Por eso dice el Sirácida: “El amigo fiel es un refugio seguro, el que lo encuentra, ha encontrado un tesoro. El amigo fiel no tiene precio, no hay nada que mida su valor” (Si 6,14-15).

“Quien hiere el ojo hace correr las lágrimas, quien hiere el corazón descubre sus sentimientos. Quien tira una piedra a un pájaro, lo ahuyenta; quien critica a un amigo rompe la amistad” (Si 22,19-20). ¿Cómo repercuten los errores y defectos del otro? ¿Cómo los integras? La corrección y la reconciliación forman parte del crecimiento, son necesarias y se encaminan hacia un nuevo nivel de realismo y aceptación. Cuando no se viven bien y se superan las etapas anteriores, la intimidad y la fidelidad a la misma no tienen la suficiente fuerza como para mantener la relación con responsabilidad. Pero la reconciliación –que nace de la aceptación incondicional del otro, el respeto por su fragilidad y la intención recta de la beneficencia– procura siempre renovar la relación y lanzarla a un nuevo nivel en todos los aspectos. No podemos crecer de verdad sin la aceptación de los defectos –sean propios o del otro–, sin la integración de lo que nos cuesta. Esto no significa resignación, sino una aceptación dinámica y real mediante la búsqueda de la superación de los conflictos y del bien del otro.

5. PARA UNA BUENA AMISTAD

Es evidente que –como sucede en todas las relaciones humanas– no hay recetas preestablecidas para vivir perfectamente la relación de amistad, pero no olvidemos que es una realidad concreta –aunque poco objetivable– y que merece la pena fundamentarla con bases sólidas para que cumpla sus dos objetivos primordiales: la comunicación interpersonal y el crecimiento-madurez mutuo.

Lo que podemos proponer es hacernos conscientes de sus raíces y de cómo cuidarlas y cultivarlas para cimentar una buena amistad:

- La *benevolencia* y la *beneficencia*. El encuentro entre dos voluntades que se desean y procuran el bien mutuo, incluso a costa de sacrificio. Sin sacrificio oblativo nunca se da el crecimiento mutuo. No podemos pretender ni apropiarnos del querer del otro, debemos siempre respetar su camino afectivo. La seducción de la benevolencia está en la capacidad personal de libertad ante el otro. La *preferencia* nunca debe funcionar como cuartada para la apropiación, hay que ser muy respetuoso de la libertad y los afectos del amigo.
- La *gaudencia* que nace en la amistad se puede experimentar como luz y orientación para la *convergencia* y la *coincidencia*. No se debe confundir nunca con el placer gratificante del encuentro, aunque lo incluye y lo eleva a un nivel más espiritual y hondo.
- El *afecto mutuo* debe superar el nivel de gratificación (personal o mutua) y crecer hacia dentro, pues es en el corazón donde se solidifica la amistad y renace siempre creativamente. El afecto, recordemos, movido por el *ego*

y el *eros*, buscará –o tiende hacia– la gratificación; pero cuando se sabe –y nos capacitamos para– discernirlo descubriremos un nuevo nivel, más elevado y sólido, que podemos llamar *amor de amistad*.

- Es necesario aprender a descubrir y poner los límites adecuados, para que el *ego* y el *eros* se encaminen, se discernan, y se eduquen desde el *ágape*, desde el amor que responde a la gratuidad, a la generosidad, a la universalidad y a la incondicionalidad. De modo que podamos evitar el exclusivismo asfixiante, egoísta y hedonista.
- La amistad también se construye desde la base de los gestos y el encuentro interpersonal. La comunicación, creciente en calidad y hondura, permite la intimidad y la confianza, la libertad de ponernos en manos del otro, la revelación de nuestro yo más profundo. Ahí es donde nace un pacto (implícito o explícito) en el que se sostiene la realidad y la verdad de la relación de amistad.
- Pero sobre todo el respeto a la persona en sí, que se expresa en valoración, búsqueda del crecimiento y la madurez mutua, a la custodia de la intimidad que se va desvelando, a la libertad en la relación, a los espacios de presencia y ausencia (necesarias). Sin un adecuado trato o sin respeto por el otro tendemos a una relación basada en el mercantilismo afectivo, al trato poco humano, a la utilización-consumo del otro.
- La sinceridad, la visión madura y realista del otro y de la relación entre ambos, la superación de los conflictos (vistos como una oportunidad para el crecimiento mutuo), posibilitan una relación limpia, estable y duradera.

Soy consciente también de que hay distintos niveles de amistad según las diferentes etapas de la vida, y que mis amigos de la infancia no pueden ser igual que los que hoy tengo como adulto. Por eso, no pretendo decirlo todo, todavía creo que me queda mucho por aprender sobre la amistad. Lo escrito hasta aquí responde sólo a lo que se me ha concedido vivir. Creo en la amistad, creo que es un regalo que no siempre es bien (o correctamente) apreciado ni valorado, sin embargo nos jugamos mucho en esta relación. Espero que todo esto, que al fin y al cabo son palabras y expresiones de una experiencia, te haya servido para reflexionar sobre esta realidad que nos envuelve y configura desde el día en que nacemos y para toda la eternidad. Jesús dijo en una ocasión, cuando le preguntaron sobre el cielo y cómo viviríamos a partir de la resurrección (Mc 12,19-25), que ya no habría una relación como la que existe entre padres e hijos (*filial*) o entre los que están casados (*esponsal*); sin embargo, a sus discípulos –y en la hora crucial en la que los amó hasta el extremo– les dijo: “No hay amor (*agápen*) más grande que el dar la vida por los amigos. Vosotros sois mis *amigos (phíloi)*... Ya no os llamo siervos, os llamo amigos, porque os he dado a conocer todo” (Jn 15,13-15); por lo tanto, creo que lo que permanece es la amistad.